

hoy escribe

Antonio Alvarez Solis (*)

zelatan

EL AÑO QUE VA A PASAR

La confusa transparencia

El problema no está en la reforma sino en la posibilidad de que sea entendida la reforma. Es decir, la cuestión no es la perestroika sino la forma, el modo de transmitir la perestroika. Cada sistema conlleva su desenvolvimiento, su proceso, su transformación en las potencialidades que le son propias. Un sistema es una dinámica. Al parecer sólo el sistema socialista -comunista, digamos para claridad vulgar- debía a juicio del ojo occidental permanecer inmóvil en sí mismo como prueba de su perfección o bondad. Pero la cuestión, insistimos, estriba en saber qué lenguaje y qué comunicación ha de atribuirse al sistema socialista para ser entendido como un proceso en sí mismo y no como un proceso para-otro, como un discurrir hacia el horizonte ajeno. Ahí está la gran dificultad de la perestroika. Explicar la perestroika equivale a usar un lenguaje que no comporte contenidos burgueses y, por tanto, posiblemente destructores del socialismo. La dificultad, repetimos, está ahí, y no dificultad ante terceros -los observadores occidentales- sino dificultad en el seno mismo del socialismo. Una propuesta cultural alternativa, o sea, radicalmente distinta -el socialismo es eso o un intrascendente humanismo; o un peligroso humanismo-, entraña siempre una orfandad del preciso y acabado lenguaje propio para explicarla al mundo que se pretende heredar y, de alguna forma, para explicarse a sí misma. El bárbaro tropieza como gran problema con la dificultad de trasladar a la romanidad sus intenciones. Más aún: el bárbaro sienta la menesterosidad de su lenguaje cuando trata de explicarse a sí mismo su intención histórica, puesto que ha de hacerlo en lenguaje propio de la historia y la historia pertenece a la cultura que la ha hecho hasta el momento. En consecuencia, el bárbaro se desliza hacia el lenguaje de la romanidad precisamente para explicar cómo quiere superarla y destruirla. La situación es tensamente dramática porque el bárbaro, el extranjero a la cultura dominante, ha de negar contenidos mediante la hiriente asunción de

las formas. Nada parece tan desesperante, pues, como poseer un corazón al que insoslayablemente traiciona en buena parte la palabra. Partiendo de ahí quizás cabría afirmar, marxianamente, que la violencia es la partera de la historia entendiendo por violencia la forma de acontecer sin traicionarse con el uso del lenguaje originariamente ajeno. La revolución debería ser entendida como el único lenguaje válido sin palabras, siempre e inexcusablemente traicionantes por razón de su señalado origen. Lo preocupante del fenómeno perestroikano anina precisamente en su misma tensión y contradicción interior: La perestroika ha de traducirse por cambio, reformareconstrucción; pero ¿cómo ha de entenderse en el terreno del acontecer social cotidiano ese cambio, esa reforma, esa reconstrucción? Los conceptos de cambio, reforma y reconstrucción son sumamente peligrosos. Se cambia hacia algo, o lo que es igual, se abandona algo para ir hacia otra cosa. Se reforma como modo de corregir la forma. Se reconstruye como deseo de cesar la destrucción. Bien, todo ello puede hacerse desde el socialismo y hacia el socialismo. Más la dificultad empieza en el momento mismo en que hay que aplicar los múltiples conceptos instrumentales con que elaborar el cambio, la reforma o la reconstrucción. Ahí me parece que nace el riesgo grave. Cuando se pasa desde la afirmación abstracta -de reforma, por ejemplo- al tránsito por las actuaciones concretas, puntuales, se ha de echar mano de conceptos como rendimiento, productividad, empleo, renta, beneficio, eficacia, y esos conceptos pertenecen ya, en gran parte, al mundo superestructural de la cultura establecida. Asírlas significa siempre pasar la difícil maroma de no dejarnos arrastrar por su contenido preestablecido en la cultura dominante. Decir, por ejemplo, que el salario ha de depender de la productividad -superando el primigenio concepto revolucionario del salario como atribu-

ción dignificante del ciudadano en cuanto a tal- conlleva el conflicto de entrar en el terreno occidental del concepto productividad entendido como marco de un rendimiento apropiado al propósito del poder que, mediante la explotación del trabajador, aspira a una concreta plusvalía. Evidentemente hay una productividad socialista, pero cuando súbitamente se incardina el significado de productividad en la intención amplia de reforma, cambio o reconstrucción nace el riesgo de que el espectador lea esa productividad ahora exigida en el socialismo como una traslación a él de la productividad capitalista. Y lo mismo cabe afirmar del empleo, de la renta, del beneficio o de la eficacia. En suma, parece al menos azaroso sesgar el proceso revolucionario con alteraciones llamativas de lenguaje, dado, como he dicho, que el lenguaje pertenece en gran parte a la historia que lo ha alumbrado. Y esa historia no evidentemente socialista. De ello cavilo que ha de extraerse la consecuencia de que no se aumenta la glasnost o transparencia por impacto de una reforma batiente sino que con esa pretendida transparencia pudiera herirse la estructura íntima de la revolución, que tiene su propio ritmo de adquirir madurez, su propia mecánica de corrección, sus objetivos intencionales para la cultura a sustituir y un destino que no cabe poner en perigal con los modos del destino a superar. La revolución, creo, ha de vivir su propio riesgo, incluido el riesgo de la incomunicabilidad de contenidos hacia el exterior. Claro que la tentación del bárbaro en vanguardia es siempre la ravenización, esto es, la basculación hacia la tentación semántica y modal del romano que aún deshaciéndose, deshace. Dramáticamente también esto es cierto en la historia. Y de ello ha de tomar nota el bárbaro que, pese a todo, empuje, esperanzadoramente con su necesidad urgente al bárbaro ravenizado.

(*) Escritor. Periodista

Azaroaren 7-a

Azaroaren 7a, Uztailaren 14a bezalatsu, egun sakratua izan da 1917az gerotik ezkerter askorentzat. Baina hogeit bat urtez sozialista iraultzaile gutzien argi-iturri izan zena, 1935-1940 urteetan lardaskatu egun zen erabat. Urte horietan, eta ez horietan bakarrik, geroak argiro frogatuko zuenek, sozialismoarekin zerikusirik ez zuten desmasiak eta sarraskiak gertatu baitziren Errepublikak Sobietikoen Federazioan. Lehenagotik ere Leninekin hautsi zuten sozial-demokrazia, usteldu egun zen, eta kapitalismoaren morroi zintzo bihurtu. Moskuk hertsiki gidatzen zuten III. Internazionalako blokea, berri, stalinismoa dela-ta, beldurgarri eta ontartezin bihurtu zitzaion iraultzaile askori. Eta gaurtxe arte ezagutu dugun ezkerrearen ezintasun osoa mamitu zen. Sozialismo iraultzaileari beste bide bat irakitzin saiatu ziren anarkistak eta trotskistak. Baina oihartzun urria tortu zuten. Krutxofen ukaldi ausarta ere segida sakonki gabe gelditu zen. Eta 1968an bereziki ezker berria sortuko zela bazuritzen erke, Moskurekiko uzkuratsunak tinko iraua zuten sozialista fin askoren artean. Gaur, ordea, 1987ko Azaroaren 7ko bezpera honetan, Gorbatxof-en olatuaren etorrera dela bide, errotik eta azkar ari dira gauzak aldatzen. Nik neuk behintzat bihotzez egiten dut neure García Marquez-en esaldi famatu: Gorbatxof-en eskutik mamitzen ari den aldaketa, «mende honetako gertakariarik garrantzitsuenak da». Gaur egun beldurra eta kezka ez dira Moskun sortzen, Pentagonoan baizik. Eskuindarrek, ezinbestean, Thatcher, Reagan, Wojtila, Pinochet eta Chirac txalotzen dituzten mementuan, orain dela urte askoz gerotik lehenengo aldiz, iraultzaile gutziok, nire ustez, esperantza handiz begiratzen dugu Moskui aldera, eta LXX. urtemuga honek iragartzen duen geroa pozkariotan ospatzen. TXILLARDEGI

hemeroteca

Un pacto superfluo

No vemos fundamento para tanto alborozo. Tenemos una Constitución y unas leyes, policías para los que infringen una y otras, y jueces para juzgarlos; el terrorismo está inequívocamente condenado en esos textos legales; los políticos firmantes del acuerdo lo han condenado también y una y otra vez; el Gobierno ha hecho lo que ha podido para suprimirlo, asistido por la generalidad de la oposición y con el respaldo indiscutible de la opinión. Se alega que el terrorismo es un problema de Estado, pero hay otros muchos problemas que son de Estado y los partidos no se están reuniendo a cada momento para confirmar sus intenciones. Acuerdos de esta naturaleza se suelen tomar ante circunstancias muy graves e inesperadas, que obligan a que todos abandonen sus discrepancias en beneficio de la unidad sobre lo fundamental. Pero sobre el terrorismo hay una unidad preestablecida de criterio entre los firmantes del pacto y no la hay precisamente con quienes hasta ahora se han negado a firmar. No vemos, por tanto, qué ventajas se obtienen del acuerdo suscrito, como no sea la del efecto que puede causar a la opinión. Y hay razones para pensar que, ya se trate de la opinión nacional o de la internacional, eso es lo que más interesa al Gobierno. La razón del pacto, que hay que

indagar leyéndolo entre líneas, podría ser la pretensión del Gobierno de conseguir el cheque en blanco que el cuerdo podría repesar; pero más probable es que haya que buscar esa razón en la significativa referencia al acuerdo que se está gestionando entre las fuerzas políticas vascas, a base de una amnistía muy amplia y cuyos términos no se precisan. Pero ello podría significar que, a pesar de la Constitución, de las leyes y de la existencia de organismos de ámbito nacional, como la Policía y la Justicia, hay unas fuerzas políticas que acatan el resto de los ciudadanos. Lo lógico hubiera sido, entonces, empezar por conocer la actitud que va a adoptar el Parlamento vasco, porque es en ese foro donde se manifiesta en toda su identidad la discrepancia política.

El pacto de Estado

(Pedro Altares en, «Diario de Navarra» 7-11-87) Con satisfacción pero también con prudencia ha de ser contemplando el acuerdo de casi todos los partidos parlamentarios sobre el terrorismo. El casi, o sea la excepción, se debe como es sabido al desmarque de Eusko Alkartasuna, que ha decidido hacerse notar precisamente por su ausencia de la foto. Una actitud, por otra parte, legítima en democracia, donde el pluralismo responde a su misma esencia, que prueba que Carlos Ga-

raikoetxea hoy por hoy es incapaz de superar sus intereses partidarios electoralistas.

Pero, yendo al fondo de la cuestión, es difícil creer que el texto del acuerdo haya sido capaz de consumir tantas horas de reuniones. En realidad no hace otra cosa que explicitar un consenso que ya existía previamente a la firma. Todos los partidos políticos españoles con representación parlamentaria, a excepción de Herri Batasuna, rechazan la violencia. Las diferencias vienen en la forma de combatirla. Y de eso el texto del acuerdo no dice nada más allá de expresar su deseo de crear un espacio judicial europeo, pretensión que tampoco es nueva. (...)

Falta lo más difícil

(«Diario 16», 7-11-87) (...)Por ahora es más el ruido que las nueces. Importa más la liturgia de la firma que el contenido del acuerdo. El texto de los cinco puntos no pasa de ser la expresión

redundante de la obviedad. Todos los firmantes estaban de acuerdo hace tiempo, con leves matices, en lo que ahora se presenta como los nuevos «pactos de la Moncloa».

Lo que ahora se pretende, según parece, es arropar al Gobierno de Felipe González en la lucha (¿final?) contra la acción violenta de ETA, con el buen criterio de trasladar la responsabilidad última y el mérito del eventual «armisticio» al lendakari Ardanza y a las fuerzas políticas vascas. (...)

La ausencia de Carlos Garaicoechea y de Jon Idigoras o Iñaki Esnaola en la foto del martes en la Moncloa indica que falta por recorrer lo más difícil del camino de la paz. La actitud del dirigente de Eusko Alkartasuna más parece obedecer a complejas cuestiones tácticas y a complejos de familia que a razones consistentes. La inteligencia política y la experiencia de Garaicoechea harán que se incorpore pronto al proceso de paz para no quedarse irremediamente

fuera de la historia del pueblo vasco. Pero por ahora no queda más remedio que dejar constancia de que no saldrá en la foto. HB, que es la segunda fuerza de Euskadi; ni EA, que es la primera de Guipúzcoa, seguida de cerca en esta provincia por Herri Batasuna, según los resultados electorales del pasado mes de junio. Su marginación definitiva sería tanto como arar en el mar.

¿Cuál es, entonces, el sentido del rito solemne de la firma en la Moncloa, con la presencia de las principales figuras políticas de España? Es de suponer que no se trata de una simple coartada de Felipe González para justificar ante las autoridades francesas -volará inmediatamente a comunicárselo a Mitterrand- y ante la opinión pública, que exige una solución de fondo, algo así como «yo hice lo que pude». Tampoco sería lógicamente aceptable que estuviéramos ante una gigantesca operación de imagen para recuperar la iniciativa. (...)



(«El País»)